

## DISONANCIA.

Daphne.

Irene Ros le llamó la atención desde el principio. Parecía más pequeña que sus compañeros: ¿la habrían adelantado de curso? Se sentaba en la primera banca y tomaba apuntes con aplicación, sin duda era brillante. Una vez preguntó algo, pero en voz baja y desviando la mirada: ¿timidez patológica o circunstancial por ser nueva en la universidad?

Pero lo que dejó de cuadrarle se produjo al cabo de unos veinte días: Irene continuaba allí, anotando, mas su cerebro parecía andar muy lejos. “Bueno, ¿y qué –reflexionó él– ¿Voy a preocuparme ahora por fruslerías de jóvenes? ¡Allá cada uno con su vida privada!”. No era sólo eso, sin embargo, y su mente científica y analítica lo llevaba a concluir, de forma inevitable, que había una disonancia, algo que no encajaba. ¿Cómo desvelar el misterio? Pero..., ¡qué loco! ¿Y si no existía tal misterio? ¡Se estaba obsesionando con una alumna! Eso podría calificarse, cuanto menos, de chocante.

Un día planteó un problema en la pizarra.

-¿Podrías resolverlo, Irene? –trató de que su petición sonara casual.

Ella bajó la cabeza sin decir nada.

-¡Irene! –insistió. Por alguna razón se sentía culpable, como si no estuviese jugando limpio.

-Yo... No... -su voz era entrecortada y suplicante.

-¡Está bien, no pasa nada! ¿Un voluntario?

El trimestre se desarrolló sin novedad. Irene escribía automáticamente, con cara inexpressiva. No participaba, no formulaba preguntas...

“Sería bueno hablar con ella. ¡Oh, has perdido el juicio! ¿Qué alegas, que hay una disonancia en su comportamiento; que no está todo como debería estar, según tu criterio? ¡Olvidalo! Ni siquiera sabes cuántos alumnos tienes, cada uno con su vida... ¿Qué mosca te ha picado? Pero... parecía tan brillante... Y ahora...”.

Pasó la Navidad y el último día de enero tuvo lugar el examen cuatrimestral. Esta primera prueba solía descorazonarlo: el nivel del Bachillerato era cada vez más bajo. ¿Y las universidades? ¡Iban a peor! ¿Qué formación tendrán nuestros investigadores? Entregó las copias. Cinco minutos después, Irene se levantó y le depositó el folio en su mesa. Caminaba mirando al suelo.

- ¿Ni siquiera lo intentas? ¡No pierdes nada!

La joven se echó a llorar y salió atropelladamente del aula. Ahora sí: ¡debía aclararlo!

Lo que fuera que le sucediese interfería en su vida académica, ¡y ahí estaba autorizado a entrar!

Las clases se reanudaron a mediados de febrero. Esta vez, el profesor fue resueltamente hacia ella:

-Quisiera hablar contigo. Te espero a la una en mi despacho, si te viene bien.

Irene asintió con un gesto, desviando la mirada.

A la una en punto se oyeron tímidos golpes en la puerta.

-¡Adelante!

Entró despacio, cerrando sigilosamente tras ella.

-Toma asiento, no te quedes ahí pasmada. Mírame, te ruego; es desconcertante dialogar así. Bien, mejor ahora. Veo que te pasa algo y te he llamado para ofrecerte ayuda, si es posible. ¿Tienes problemas con las clases, dudas...? Pero... ¡No!

Irene había prorrumpido en desconsolado llanto; unos sollozos que afloraban atropelladamente, como si los hubiera reprimido durante largo tiempo. El profesor la contempló turbado durante unos segundos, sin saber qué hacer.

-¡Tranquila! –exclamó al fin ofreciéndole un pañuelo.

-¡No! ¡No podré, no podré!

-¡Calma! ¿Qué no podrás?

-Estudiar una carrera, dedicarme a la ciencia... ¡soy un fracaso! Me han engañado. Siempre tuve buenas notas; todos decían que llegaría lejos...

-¿Quién dice que eres un fracaso? ¡Me pareciste muy brillante desde el principio!

-Era mentira; no sirvo para nada, no memorizo nada; ¡y la culpa es mía! ¡Lo he hecho todo mal!

¡Ajá! ¡Ya empezaba a cuadrarle! ¿Cómo no se le ocurrió antes?

-¿tienes problemas de sueño?

Ella lo miró sorprendida.

-No duermo bien desde finales de octubre; y es que pienso siempre en eso, en que lo he hecho mal...

-No te tortures. Imagino que lloras con frecuencia, que no puedes disfrutar de nada...

-Ya no escucho música: ¡no la merezco! Antes me gustaba tanto...

-¡Basta! Ni eres mala, ni has fracasado, ni tu personalidad ha sufrido un cambio irreversible. Según todos los indicios, estás viviendo una depresión. Pura química, fallo en la transmisión serotoninérgica. Es una dolencia como otra cualquiera, ¡la plaga de nuestro siglo de hecho! Pero, anda tan estigmatizada... No entiendo el porqué. Te aconsejo visitar a un especialista; la medicación adecuada podrá curarte. Cuanto antes atajes el problema, mejor.

-¡No es eso! Yo tengo la culpa, me equivoqué...

-¡Falso! Se trata de pensamientos distorsionados por la propia enfermedad.

-¡No merezco vivir!

-¡Pobre! ¡Déjalo! ¿Quieres dedicarte a la ciencia? ¿Aplicamos desde ya una estrategia científica? Estás haciendo afirmaciones sin fundamento, autoinculpatorias; no se corresponden con la realidad. Creo que sufres depresión y que te ayudará visitar a un especialista. Puedo haberme equivocado, pero no pierdes nada si lo intentas. ¡Vamos, no llores! Ahora tengo que irme. Ven a verme cuando lo necesites, ¿de acuerdo?.

-¡Gracias! –exclamó Irene con voz ahogada. El profesor le tomó la mano.

-¡Ánimo! Y piensa en lo que te he dicho.

Al día siguiente no apareció por clase. ¿Habría tenido él la culpa? ¿La habría intimidado, presionado? Pasaron las semanas, los meses..., hasta que una mañana de junio acudió al Departamento.

-¿Podría hablar con usted?

¿Había perdido parte de su timidez? ¿Sonreía incluso?

-Vengo a darle las gracias –aún desviaba ligeramente la mirada.

-¡Cuánto tiempo, me alegro de verte! ¿Cómo estás?

-Es para usted –dijo entregándole algo envuelto en papel de regalo.

-¿Por qué? ¡No tenías que haberte molestado en...!

-Era cierto, no estaba equivocado. Me diagnosticaron depresión, ¿cómo lo supo?

-¿Te encuentras mejor ahora?

-Sí, gracias. Estoy tomando medicación. Pero, ¡es increíble! Un cambio tan grande... Un sufrimiento tan...

-Durísimo, en efecto; y bastante incomprendido. Mas dejemos de recrearnos en ello. ¿Qué me has traído?

Retiró el envoltorio y se quedó atónito: ¡los Diálogos de Galileo en edición facsímil! ¿Cómo lo había adivinado? ¡Su debilidad! ¡Galileo, el primer científico moderno! Alguien que sustituyó la ciega autoridad por las pruebas, la experimentación, la observación..., y que fue víctima de la ignorancia y el fanatismo imperantes.

Estos recuerdos lo asaltaban entonces, ocho años después. Irene había leído su tesis y el Tribunal no albergó ninguna duda: *CUM LAUDE*. La mejor de todos sus doctorandos, con diferencia. Llegaría lejos.

-¿Traigo la carta de postres?

El camarero lo sobresaltó. Estaban comiendo en la cafetería para celebrarlo. ¡Ay, aquella niña tímida! ¿Hasta qué punto había contribuido él al desarrollo de su carrera? Aún le resonaba en el cerebro el eco de las últimas palabras que Irene pronunciara en el acto:

“Quiero agradecer muy efusivamente al profesor Robles, sin cuya inestimable ayuda hoy no estaría aquí”.

-¿Le ocurre algo?

Irene estaba a su lado.

-Bueno..., ¡ahora te toca a ti! Espero que tengas éxito. Cuando uno va soltando alumnos por el mundo, siente el paso inexorable del tiempo.

-Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí. Si no me hubiera rescatado el primer año...

-Lo hubiese hecho otro. Vamos, de nada sirve jugar con realidades paralelas.

-Disculpen.

Acababan de llegar con los postres, circunstancia que agradeció el profesor. Tenía un nudo en la garganta. Tosió para disimularlo y se aprestó a echar azúcar al café. No, no quería enturbiar la magia del momento con sus lágrimas. “¡Qué sensiblero andas! Te estás haciendo viejo” —se reprochó internamente; y esbozó una tímida sonrisa.